

pasase allí, como lo verificó. Ratificado por el consejo el nombramiento de Arrillaga, prestó el juramento el 8 de Enero de 1853; pero habiendo muerto éste diez días después, de un fuerte ataque de cólera, cuya epidemia estaba causando allí entonces algunos estragos, fué reemplazado por D. José de Empáran, quien obrando en todo de acuerdo con el comandante general Gamboa, limitó su autoridad á hacer que se mantuviera todo en el estado en que lo habia colocado la revolucion, en espera del nuevo órden de cosas que iba á establecerse. En cuanto al comercio, luego que tuvo lugar allí el pronunciamiento, se adoptó la reforma del arancel hecha en Tampico; mas como esta reforma era muy parcial, y los comerciantes de Vera-Cruz deseaban que fuera mas ámplia y general, se formó allí un nuevo arancel, que se publicó el 1.º de Marzo.

Satisfecha ya con esto la principal exigencia de la revolucion allí, lo que sobre todo ocupaba en aquellos días la atención del público y de las autoridades, era la expectativa en que todos estaban sobre la vuelta de Santa-Anna, objeto de temores para unos, y de grandes esperanzas para otros. El día 3 de Marzo regresó allí de su comision el coronel Escobar, anunciando que aquel general vendria por el próximo vapor inglés, y esta noticia puso en actividad y movimiento todas las cosas y las personas que se disponian para recibirlo. El general Lombardini hizo marchar dos batallones al Encero, para que se pusieran á las órdenes de Santa-Anna cuando llegara, y una comision compuesta de siete individuos, fué tambien enviada por él á Vera-Cruz, para entregarle en sus propias manos el decreto en que se le declaraba presidente de la República.

Ademas, muchos de sus antiguos amigos ó parciales, fueron á esperarlo en Vera-Cruz y en Jalapa, para ser los primeros en tributarle sus homenajes, y por parte de las autoridades de aquel puerto, se amueblaba lujosamente el palacio, se mandaba que se cerrara el comercio el día de su lle-

gada, y se disponia un arco de triunfo y otras demostraciones públicas para su recibimiento.

Hechos ya todos esos preparativos para las ovaciones con que la adulacion iba á obsequiar al general Santa-Anna, el día 1.º de Abril llegó éste allí, á bordo del vapor inglés *Avon*, y á las dos de la tarde, en medio de las salvas de artillería y los acostumbrados repiques de campanas, bajó á la ciudad, en la que fué conducido procesionalmente á la iglesia parroquial, pasando por el arco triunfal que estaba colocado en el centro de la plaza, y después del solemne *Te-Deum* que se cantó en el templo, se retiró con toda la comitiva al palacio, para recibir allí las felicitaciones de las autoridades y funcionarios públicos. El día siguiente publicó una proclama, en la que ofrecia un olvido completo sobre todo lo pasado, manifestando su resolucion de procurar únicamente el bien de la nacion, sin apoyar las exigencias de ningun partido, y el mismo día, con el objeto de conocer el verdadero estado de la opinion pública, tuvo una junta en palacio con varias personas notables de la poblacion y las que habian bajado allí de México, en la cual, como sucede en todas las reuniones de esta clase, no se hablaron mas que vagas generalidades sobre la situacion de la República, segun el modo de ver de los que tomaron la palabra, aprovechando tambien aquella ocasion algunos de ellos para jactarse de los servicios que habian prestado para el triunfo de la revolucion. Por último, en la noche del 3 ó 4 fué obsequiado allí Santa-Anna con una magnífica cena y un baile, y dos días después marchó á su hacienda del Encero, y de allí á la capital, llegando el 16 del mismo mes á la villa de Guadalupe.

Aunque al volver esta vez Santa-Anna á la República, no traia el pensamiento de abrazar ciegamente el programa de ninguno de los bandos políticos que luchaban en ella, venia sí con la firme resolucion de ejercer el poder absoluto, segun su voluntad; y como para este fin no podia contar con mejor apoyo que el del partido conservador, cuyas ideas é intereses pue-

den triunfar únicamente bajo el poder arbitrario, muy pronto se puso de acuerdo con los pro-hombres de este bando; y organizando con ellos su gobierno, el 22 de Abril, á los dos dias de su entrada en México, expidió un decreto con las bases á que debia sujetarse, y pocos dias despues un reglamento para los gobernadores de los Estados y Territorios, con cuyas dos medidas quedó ya establecida la amplia dictadura que iba á ejercer.

Antes de esto, al felicitar el consejo de gobierno del Estado de Vera-Cruz á Santa-Anna, por su regreso y elevacion á la presidencia de la República, solicitó de él que se reformara la constitucion federal, sin destruir este sistema en sus fundamentos, é igual peticion le dirigieron pocos dias despues muchos vecinos de aquella ciudad; pero estos deseos fueron completamente desatendidos, y Vera-Cruz, lo mismo que todo el resto de la nacion, iba á sufrir durante la presidencia de aquel general, todas las consecuencias del mas ilimitado despotismo. El dia 11 de Mayo llegó allí el general D. Antonio Corona, para encargarse de la comandancia general, y dos dias despues se encargó tambien del gobierno político del Estado, reuniendo así ambos mandos; y como este nuevo jefe, aunque animado de buenos sentimientos y mejores intenciones en favor del país, era uno de los mas ciegos partidarios del general Santa-Anna, desde el momento que él comenzó á gobernar allí, no habia de hacerse ya en todo mas que la voluntad del dictador.

Esta situacion era vista con profundo disgusto por los liberales de aquel puerto, sobre todo por los individuos que formaban la guardia nacional; y como en cumplimiento de un decreto del gobierno, que mandaba *veteranizar* la guardia pagada, dispuso el general Corona, que la que existia allí se agregara al 7.º batallon permanente, esta medida provocó un grave conflicto en aquella poblacion.

Entre las ocho y las nueve de la mañana del dia 17 de Mayo, estando formadas en la plaza las guardias salientes,

comenzó á reunirse el pueblo, con la idea convenida de antemano de hacer salir de la ciudad al 7.º batallon de línea; y una hora despues, diversos grupos de guardias nacionales armados, recorrian las calles en distintas direcciones, apoderándose de los puntos que les parecian mas ventajosos. En vista de esto, el general Corona, que vivia en la casa de diligencias, situada en la misma plaza, se dirigió inmediatamente al cuartel que ocupaba el citado batallon, sin que los guardias sublevados le impidieran el paso; y como por no contar allí mas que con doscientos hombres de tropa permanente, era imposible atacar con tan corta fuerza todos los puntos que ocupaban aquellos, se limitó á cubrir una línea compuesta de los mismos cuarteles, la maestranza, el hospicio y los baluartes de Concepcion y Santiago, en espera de batirlos con los auxilios que le vinieran del castillo ó del interior, si se sostenian por muchos dias. Afortunadamente para la ciudad no sucedió así, pues aunque el dia 17 y el siguiente sostuvieron los sublevados un fuego bastante vivo sobre los puntos ocupados por las tropas permanentes, éstas fueron auxiliadas por dos piquetes que bajaron de Ulúa, así como por el vapor *Estado de México*, que aproximándose á la playa, les hizo algunas hostilidades, logrando así imponer temor á los amotinados, y el 19 abandonaron éstos los puntos, contribuyendo al restablecimiento del orden muchos de los vecinos, que por excitacion de Corona ocuparon el palacio y organizaron patrullas que recorrian las calles de la ciudad, donde, para que no quedara motivo alguno de recelo, llegaron de Jalapa el 21 los batallones de Tres-Villas, y 2.º y 3.º ligeros.

Sin embargo de que al concluir aquel desorden, sus principales autores ó promovedores cuidaron de ponerse en salvo, algunos de ellos cayeron prisioneros; y aunque el general Corona elevó al gobierno de México la exposicion que el dia 18 le habian dirigido el ayuntamiento y varios comerciantes, pidiéndole clemencia para los sublevados, así como otra que con el mismo objeto le presentaron despues los cónsules extranje-

ros, el general Santa-Anna dispuso que se les juzgara con arreglo á Ordenanza, y fueron condenados á la pena capital Aparicio Gonzalez y Cárlos Centeno, ejecutándose esta sentencia en la mañana del 28 del mismo mes.

Despues de este triste acontecimiento, ningun otro suceso notable ocurrió allí en los veintidos meses que trascurrieron hasta Agosto de 1855. Durante este periodo, merced á la guarnicion militar que constantemente se mantuvo en la ciudad y en Ulúa, y al cuidado con que sucesivamente se hizo salir para diversos puntos de la República, ó para el extranjero, á todas aquellas personas que no estaban conformes con el gobierno de Santa-Anna, ó que siquiera se permitian censurarle, la paz se conservó allí inalterable, y bajo la temible influencia de una autoridad apoyada en las bayonetas, el 27 de Noviembre de 1853 pudo secundarse sin contradiccion alguna la peticion que hizo la guarnicion de Guadalajara, para que la dictadura de Santa-Anna no se limitara al año que se fijó en los convenios de 6 de Febrero, sino á todo el tiempo que él mismo lo juzgara conveniente, con la facultad de legar el poder, en caso de muerte, á la persona que le pareciera mas á propósito, concediéndole ademas el tratamiento de Alteza Serenísima, y el 1.º de Diciembre de 1854 pudo tambien obtenerse allí un resultado satisfactorio en la votacion personal que á imitacion de lo practicado por Napoleon III en Francia, se mandó hacer por la circular de 20 de Octubre del mismo año, para que todos los ciudadanos de la República manifestaran *libremente* si estaban conformes con que continuara Santa-Anna ejerciendo el mando supremo. Pero á mediados del citado año 1855, esta situacion tocaba á su término, y por el solo impulso de la opinion pública, unida á la incapacidad del dictador para sostener el orden de cosas que él mismo habia creado, la nacion iba por fin á verse libre del yugo á que por mas de dos años estuvo entonces sujeta.

En medio del vil incienso con que una turba de aduladores envanecian el cerebro del general Santa-Anna, haciéndole

creer que la República estaba conforme en obedecerlo ciegamente, como su amo y señor, sin otras reglas que aquellas que él y los que lo rodeaban quisieran imponerle, en el pueblo de Ayutla, del Estado de Guerrero, aparecia el 1.º de Marzo de 1854 un plan que iba á servir de bandera para todos los que conspiraran á derrocarlo, en el que á la vez que se desconocia su gobierno, y se pedia la reunion de un congreso constituyente, se hacian ofrecimientos que halagaban las ideas é intereses de la mayoría de la nacion. Este plan, aunque suscrito por el coronel D. Florencio Villareal y otros individuos poco conocidos, era promovido ó dirigido por el general D. Juan Alvarez, antiguo caudillo de la independencia en el Sur, de acuerdo con varios liberales, y particularmente con D. Ignacio Comonfort, quien desde luego lo secundó en el puerto de Acapulco, donde acababa de ser destituido de la administracion de la aduana por el gobierno del general Santa-Anna. Considerando éste que era posible sofocar ese pensamiento con la fuerza, marchó hácia aquel Estado con seis ú ocho mil hombres de sus mejores tropas; pero aunque sin grandes dificultades llegó con ellas hasta las inmediaciones de Acapulco, tuvo que regresar de allí á México sin tomar aquel punto, sirviendo únicamente su expedicion para demostrar la impotencia de su poder para destruir la revolucion, y para excitar en su contra la indignacion pública, por las matanzas é incendios ejecutados en aquella correría.

Mientras que los aduladores de Santa-Anna lo recibian á su entrada en la capital con un arco triunfal, aunque no habia triunfado de nadie, los jefes y adictos de la revolucion, luchando con todos los grandes obstáculos que encontraba su empresa, movian todos sus resortes para llevarla adelante, y no tardaron mucho en lograr que se ramificara en los Estados de Michoacan, Tamaulipas y Nuevo-Leon, lo que obligó al dictador á enviar algunas tropas hácia estos dos últimos Estados, y á dirigirse personalmente con otras al primero en Abril de 1855; pero ambas expediciones fueron desgraciadas, por-

que la que se dirigió á Nuevo-Leon á las órdenes del general Güitán, fué derrotada en el Estado de San Luis por las tropas que mandaban los coroneles Zuazua y Zayas, y las tropas que conducía Santa-Anna, á pesar de que alcanzaron algunos triunfos parciales en diversos puntos, ejecutando crueles matanzas con los prisioneros que caían en sus manos, no lograron destruir las principales fuerzas revolucionarias que mandaba Comonfort, ni otras partidas que recorrían el mismo Estado, y tuvo aquel general que retirarse de nuevo á México, dejando á su ministro de la guerra el encargo de proseguir la campaña.

En vista del desarrollo que iba tomando ya entonces la revolución, agotados ya los recursos del erario, incluso los diez millones que produjo la venta del territorio de la Mesilla á los Estados-Unidos, y observando sobre todo Santa-Anna, que á pesar del sistema de terror y persecuciones con que se había propuesto mantenerse en el poder, la opinión de todas las clases de la sociedad comenzaba á manifestarse ya muy claramente contraria á él, llegó á comprender que tenía que retirarse pronto del gobierno, y aun salir de la República, para no ser víctima; y como por aquellos días estalló también un movimiento en el Estado de Vera-Cruz, acaudillado por el licenciado D. Ignacio de la Llave, quien con la gente que pudo reunir secundó el plan de Ayutla en el Distrito de Orizava, esto precipitó su resolución, y en la mañana del 9 de Agosto, con el pretexto de ir á pacificar aquel Estado, salió de la capital con dirección á Vera-Cruz, habiendo hecho antes que varios cuerpos de las tropas de su confianza marcharan á situarse en el camino.

Una vez alejado Santa-Anna de la capital, comenzó á notarse en ella esa agitación que precede siempre á todo trastorno, poniéndose en movimiento aquellos elementos revolucionarios que por más de dos años habían estado comprimidos, y el día 13, toda la guarnición, poniéndose á su cabeza el general D. Rómulo Díaz de la Vega, se adhirió al

plan de Ayutla, aunque con algunas modificaciones, y en la tarde y noche del mismo día una parte del pueblo asaltó y destruyó cuanto se encontraba en la casa del ex-ministro de relaciones D. Manuel Diez de Bonilla, en la de la madre política del general Santa-Anna, en la de D. Manuel J. de Lizardi y en la imprenta donde se publicaba el *Universal* y otros periódicos que sostenía el pasado gobierno, salvándose otras casas de sufrir la misma suerte, por los pasos que para ello dió la autoridad, y por los esfuerzos de algunos de los mismos liberales, que lograron contener el furor del pueblo.

El día 14, interpretándose malamente en México el artículo del plan de Ayutla, que disponía que el jefe de las fuerzas que ocuparan la capital, nombraría una junta de representantes de los Departamentos, para que eligiera el presidente que había de gobernar en la República mientras se formaba la nueva constitución, se reunió una junta de individuos nombrados por el general Vega, y eligió al general D. Martín Carrera, quien tomó posesión del mando el día siguiente; pero como esto no podía satisfacer á los revolucionarios, quienes pretendían que se falseaba el plan de Ayutla, si el gobierno continuaba en manos de los mismos hombres que habían figurado bajo la administración de Santa-Anna, no fué reconocido por la mayoría de los Estados, ni por los jefes de las fuerzas pronunciadas, y el 12 del inmediato Setiembre tuvo que retirarse del poder, quedando la capital y el Distrito de México al mando del general Vega, con un consejo, mientras venía el general Alvarez, que era el llamado por la revolución para desempeñar la presidencia, aunque también por muy pocos días.

Mientras que todo esto pasaba en México, y cuando por la marcha de las fuerzas acaudilladas por Comonfort hacia Guadalajara, y la adhesión de muchos de los Estados al plan de Ayutla, una gran parte de la República comenzaba ya á disfrutar de las ventajas del nuevo orden de cosas que éste creaba, la ciudad de Vera-Cruz tenía que luchar todavía para entrar en él con las dificultades que allí oponía una parte de la

fuerza armada. El día 13 de Agosto, sabiendo el general Santa-Anna en Perote y Jalapa los sucesos que tenían lugar en México, aceleró su marcha hácia aquel puerto, y haciendo trasladar allí su familia en la tarde del 16 á bordo del vapor de guerra *Iturbide*, á las cinco y media de la mañana del día siguiente pasó él al mismo buque, y á las dos de la tarde emprendió su viaje á la Habana, de donde pasó luego á Cartajena. Con la ausencia del dictador, y con todas las noticias que se recibían del interior, el estado de aquella ciudad era en extremo violento. Los liberales trabajaban con empeño para que se adoptase la revolucion, pero tropezaban con la resistencia de las tropas; y aunque habían logrado ya seducir al batallón de Tres-Villas, tenían en contra á la guarnición de Ulúa y al batallón de Guías, que había escoltado á Santa-Anna, al mando del coronel Perez Gomez. En la noche del 19, el batallón de Tres-Villas intentó hacer el pronunciamiento, y algunos grupos del pueblo recorrían las calles con el mismo objeto; pero lo impidió el general Corona, haciendo marchar el día siguiente ese cuerpo á Santa-Fé. El mismo día reconoció el resto de la guarnición y las autoridades civiles al gobierno del general Carrera, con la condición de obedecerlo si era reconocido por todos los Departamentos de la República; pero esto no era bastante á contentar la opinión pública, que pretendía la adopción del plan de Ayutla, y sobre todo la separación del general Corona. Así es que todavía en la noche del 23, estando ya también seducidos en parte los batallones 9.º y Guías, éstos intentaron ejecutar en sus cuarteles un pronunciamiento en ese sentido, el cual fué sofocado por la presencia de ánimo del coronel Perez Gomez, quien batió á los pronunciados en el baluarte de Concepción y en las calles, mientras que el general Corona se trasladaba á San Juan de Ulúa, con el objeto de imponer desde allí á la población.

Esta resistencia del gobernador y de una parte de la tropa, excitando más y más los ánimos de la población, parecía conducir los cosas allí á un desenlace funesto; pero por fortuna no

sucedió así, porque el general Corona, para salir de la crítica posición en que se encontraba, había dirigido desde el día 20 al general Carrera su renuncia, que fué aceptada, encargándose el 26 del mando político y militar del Estado el general D. J. M. Mendoza, segundo cabo de la comandancia general; y una vez en el gobierno este nuevo jefe, desaparecieron ya todas las dificultades que se oponían al cambio pacífico de aquella situación, arreglándose todo fácilmente.

El Lic. D. Ignacio de la Llave, que se hallaba por aquellos días situado en el cerro del Chiquihuite, donde había logrado rechazar un ataque de las tropas del gobierno, y que por haber sido el único que había tomado las armas en el Estado contra la dictadura de Santa-Anna, era también quien debía ponerse al frente de él, conforme al plan de Ayutla, fué invitado por los liberales de Vera-Cruz para aproximarse allí acompañado de sus cortas fuerzas, para violentar con su presencia en las inmediaciones el desenlace del conflicto en que se encontraban; y en efecto, luego que se presentó este jefe en el punto de la Tejería, donde se le unió el batallón de Tres-Villas, todo se allanó sin que hubiera que lamentar ninguna de las desgracias que antes se preparaban. El general Mendoza convino en reconocerlo como gobernador del Estado; el batallón de Guías, que tan opuesto se había manifestado á la revolucion, salió el 27 de la ciudad para el interior, embarcándose para Nueva-Orleans su coronel Perez Gomez; el general Corona, que desde su separación del mando, había pasado á la casa del cónsul francés, se trasladó en la noche del mismo día á bordo del vapor de guerra español *Ulloa*, anclado en Sacrificios; otras personas que habían llegado á hacerse allí odiosas por la conducta que habían observado durante el gobierno de Santa-Anna, se ausentaron de la ciudad, ó se ocultaron en ella; el ayuntamiento fué renovado con personas elegidas por una junta popular; y arreglado todo de esta manera, el día 28 del mismo Agosto pudo ya penetrar la Llave en la ciudad, y adherirse ésta francamente á la revolucion.